

para la cual se tiene más derecho á contar con el concurso de los jóvenes, es la obra de la educación de los niños, que les permitirá rendir á los representantes de la humanidad futura el beneficio que ellos mismos han recibido de la generación precedente; ¿no serán mejor empleados los años que se dediquen á la enseñanza que los dedicados al servicio militar actual, empleado en el estudio del asesinato científico?

La educación no tiene valor, ni siquiera sentido, sino á condición de servir en la vida, después de la salida de las escuelas, y de continuarse para la conservación y el progreso de las fuerzas intelectuales. La cosa es relativamente fácil para aquellos cuya profesión consiste en la aplicación de las ciencias que han estudiado en la Universidad; sin embargo, el mayor número de esos hombres autorizados por sus diplomas á seguir una carrera científica, se entregan por la rutina á practicar simplemente su arte y no saben siquiera mantenerse al corriente de los progresos que se hacen en la ciencia de que son intérpretes oficiales, corriendo gran peligro de especializarse estrechamente en los trabajos que les procuran el pan ó la fortuna. El médico, el jurista y el ingeniero, en el ejercicio de su oficio, descienden frecuentemente muy por debajo del límite de los exámenes que tan difícil les fué franquear la primera vez. Además, las condiciones actuales de la sociedad, determinadas por la conquista del oro, orientan la mayor parte de los hombres de ciencia hacia la adquisición de los bienes materiales, y ¿no se hace esta orientación en muchos casos á través de lo verdadero y lo falso, lo justo y lo injusto? ¿Acaso recientemente, antes de la era de la antisepsia, no era la medicina oficial esencialmente mortífera, á pesar de sus exámenes y sus diplomas, y, en sus maneras de tratar las heridas, no había quedado muy inferior á la práctica de los curanderos despreciados á quienes se prohibía el ejercicio de la medicina so pena de multa y prisión? En tanto que éstos, conformándose con las prácticas de la ciencia antigua, empleaban los unguentos preparados en caliente con la terebentina y las maceraciones en vino y aguardiente, es decir, continuaban las prácticas de cierta antisepsia tradicional, los médicos de la facultad, sujetos á los preceptos de sus profesores, aplicaban sobre las heri-

das el cerato y las cataplasmas, fabricando así laboratorios de microbios que desarrollaban la herida y determinaban la muerte¹. Á centenares de miles, la ciencia oficial, en el siglo XIX, mataba enfermos que los curanderos hubieran salvado.

Y, en otra profesión, la que debiera tener por resultado, por el estudio de la psicología de los hombres y de las naciones, un



LA CONFERENCIA DEL DOMINGO EN RUSIA
Cuadro de Bogdanoff-Bielski.

sentimiento de benevolencia universal, ¿no vemos á los más sabios juristas apasionarse por la persecución de los acusados, como lebreles que persiguen la caza? Necesitan víctimas y víctimas, y se muestran contentos y con la conciencia satisfecha cuando han logrado una sentencia de muerte, aunque sea contra un inocente.

No basta ser sabio para ser útil á la humanidad, ó, al menos, el sabio desviado no hace obra buena más que de una manera indirecta, por transmisión de la ciencia entre los hombres. ¡Pero qué manantial inagotable brota de la roca árida en el punto favorable que ha sabido adivinar la varita evocadora! El hombre dichoso que

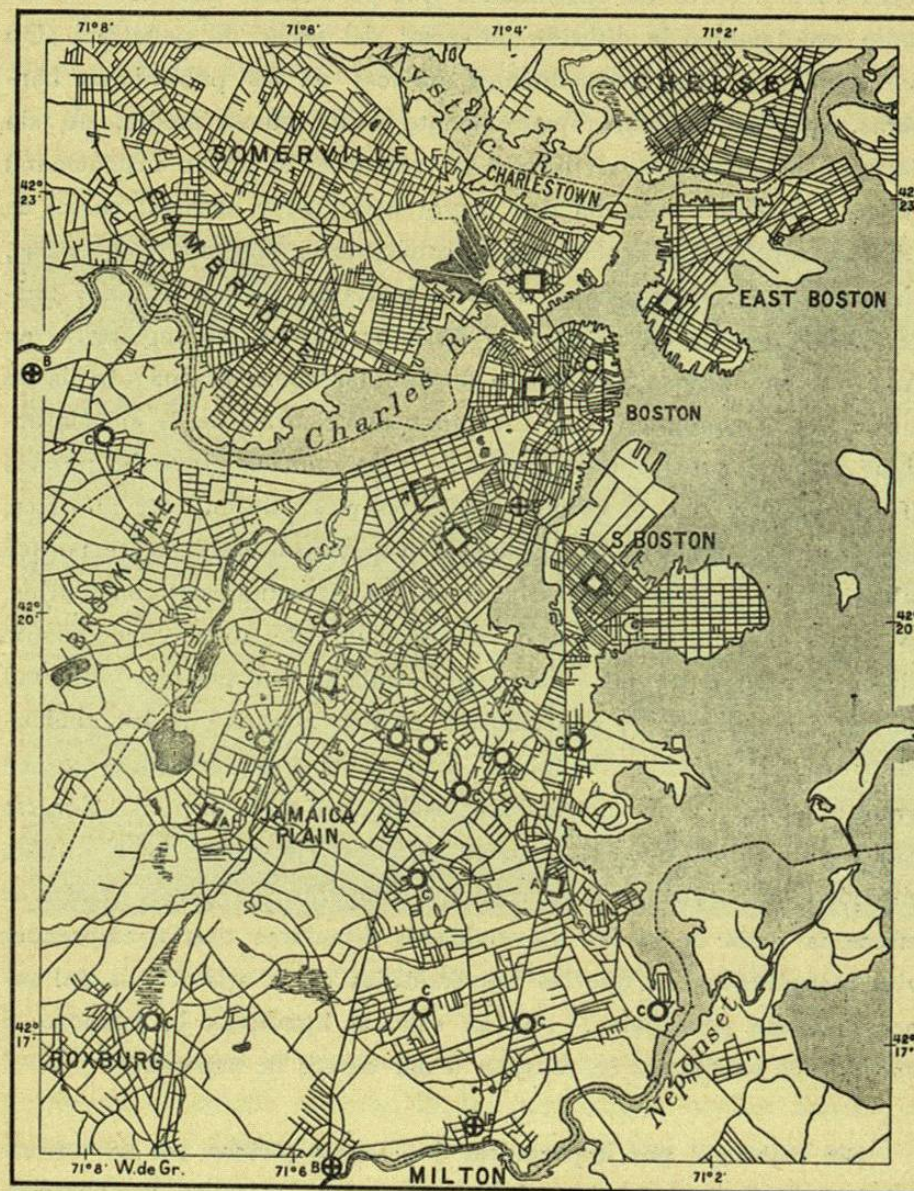
¹ Emile Forgue, *Revue Scientifique*, Diciembre 1901, p. 776.

enseña, ó, mejor aún, descubre, es un padre; multitudes de jóvenes nacerán á su alrededor, y la inmensa familia se aumentará indefinidamente sin que siquiera conozca una escasa parte de los que haya hecho surgir á la existencia intelectual. ¡Cuán grande es la descendencia de un Bacon, de un Descartes, de un Aristóteles y de un Humboldt! Todos los hombres que estudian reciben de esos antepasados el alimento nutricional y á su vez lo transmiten á una descendencia innumerable. En parte alguna se manifiesta más triunfante la solidaridad que en el mundo de la inteligencia, á través del espacio y el infinito de las edades.

Pero en un siglo en que se proclama la igualdad virtual de todos los ciudadanos, conviene que las alegrías del estudio y del saber no sean el privilegio de algunos elegidos: no es raro ver que hombres verdaderamente superiores por los conocimientos, y sobre todo por ese arte maravilloso de la palabra y del estilo que da tanto precio al pensamiento, lleguen hasta constituir con sus semejantes una especie de aristocracia delicada donde se disfruta con egoísmo, de finos goces intelectuales que permanecen incomprensibles para la multitud despreciada: todos esos pequeños cenáculos desaparecerán también, porque la ciencia no es forzosamente esotérica como en la época de las persecuciones y de los mártires: puede esparcirse libremente al exterior, y, por su misma naturaleza, trata de extenderse por todas partes. Aunque aconseje el proverbio «no echar perlas á los puercos», esta frase que se aplica con justicia al deber de dignidad que el poseedor del conocimiento debe á su tesoro, las verdades que tiene la dicha de poseer no dejan de ser un patrimonio común del que es sencillamente el usufructuario y del cual gozará tanto más cuanto mayor sea el número de los que de él participen. Aun siendo solo, habría de manifestarlo con ardorosa pasión á las aves del espacio, á los astros, á la Naturaleza entera.

Conviene que la «ciencia del bien y del mal», lo mismo que la de lo verdadero y de lo falso, objeto de la primera maldición religiosa, se extienda por toda la tierra y se distribuyan á todos los hombres en la medida de su buena voluntad y de su potencia de adaptación. Sin duda, la realidad actual está muy por debajo del ideal propuesto: del mismo modo que la enseñanza integral,

N.º 588. Bibliotecas públicas en Boston.



1: 100 000
0 1 2 4 6 Kil.

Los edificios marcados por un cuadrado A son bibliotecas principales; los signos redondos B, salas accesorias de lectura; los signos redondos C, los sitios donde se hace el cambio de los volúmenes prestados á domicilio.

La proporción de los habitantes que hacen uso de las bibliotecas varía, según los barrios, de 4 á 34 ‰; el término medio es de 12 ‰.

ofrecida á muchos, no suscita, sin embargo, más que un número relativamente corto de apasionados que se dedican con éxito al estudio, así también la difusión universal del saber no penetrará sino por grados en las profundidades atávicas de las poblaciones bárbaras, que se acomodan penosamente á un nuevo medio, no sin dejar en él numerosas víctimas. No obstante, el nuevo instrumental existe y funciona cada día con mayor actividad y eficacia: cursos de adultos, técnicos y profesionales, conferencias diurnas y nocturnas, ejercicios y demostraciones, veladas teatrales, y, por último, universidades populares, nacidas en distintos puntos, en Inglaterra, en América, en Francia, y tratando de apuntar como la fina ramilla de musgo en la sombría Rusia. Algunos doctrinarios de la ciencia antigua, tradicionalistas espantados de toda audacia juvenil, pueden afectar no ver en esas escuelas nacientes más que ensayos informes, condenados á perecer ó á lo sumo á vegetar miserablemente porque faltan á los alumnos de esas instituciones los estudios rudimentarios, es decir, el punto de apoyo indispensable de todo conocimiento ulterior; pero entre ellos hay quien trabaja con pertinaz voluntad de saber realmente, de construir su edificio á partir de los cimientos y que triunfan en su obra. Las pruebas se presentan ya en gran número, y son muchos los candidatos que pueden colocarse con orgullo al lado de los buenos alumnos adiestrados en el estudio científico durante toda la juventud y comparar sus obras. Hasta se ofrece la duda de si las universidades populares osarán emprender vías inexploradas en que las universidades de la aristocracia del saber dudarían arriesgarse. ¿No se sentiría humillada la Sorbona si uno de sus profesores se rebajase á dar cursos de esperanto?

Sin embargo, por importantes que sean ó puedan ser las universidades populares, su influencia es casi insignificante en comparación de la que posee la prensa, es decir, la voz misma de la humanidad. El prodigioso descubrimiento de la imprenta tuvo durante el curso del siglo XIX admirables consecuencias que nadie había previsto: esas «noticias diarias» de que algunos aventureros tuvieron idea desde la época del Renacimiento é intentaron su modesta realización en distintos puntos, en Italia, Alemania y Holanda, se pu-

blican actualmente por millones y millones de ejemplares en las calles de todas las ciudades, en las encrucijadas de todas las villas. Los diarios, alimentados de noticias por los hilos telegráficos tendidos en redes infinitas á través de las tierras y en las profundidades de los mares, aportan su conocimiento á quien quiere saberlas: en las aldeas más escondidas, allá donde los humanos de la gene-



Cl. A. G. Champagne.

UNIVERSIDAD DE HARVARD, EN CAMBRIDGE, CERCA DE BOSTON

ración precedente se contentaban con vegetar, egoistamente encerrados en el círculo estrecho de las ocupaciones diarias, aparece el repartidor de diarios, que ha llegado á ser tan necesario como el del pan; el colono y la criada le esperan á su paso por la puerta, en el cruce de los caminos, y es la hora alegre de su día aquella en que reciben la hoja que contiene la novela comenzada y los hechos curiosos de la historia de las naciones. Verdad es que el alimento intelectual de que tienen necesidad los millones de lectores esparcidos por el mundo no es de un gusto superior ni rico en substancia, pero todo requiere su principio. La impresión justa es

la de Zola, quien informado por unos amigos de la campaña organizada contra él en toda Francia por los diarios de mayor circulación, se alegraba pensando que los ignorantes de ayer se apasionan hoy por la lectura: si la hoja que se lee en este momento propaga la mentira la de mañana dirá la verdad.

Ante todo apréndase á leer, y del caos de las frases entremezcladas, la crítica acabará por extraer lo que es bueno y saber conservar en la memoria para la conducta de la vida. Además, ¿cuántas obras verdaderamente buenas hay en este inmenso diluvio de impresos que cae incesantemente sobre el mundo, que traen consigo una enseñanza especial en el oficio ó la profesión, ó el eco de algo grande que constituye un elemento de progreso que brota de un punto cualquiera del globo hacia el individuo uniéndole al conjunto de la humanidad pensante?

La influencia absolutamente preponderante de la prensa y de todas las artes que la acompañan, grabados, fotografías y reproducciones de toda especie, es el resultado de cambios demasiado recientes para poder formarse idea de las modificaciones correspondientes que introducirá en la vida política y social de las naciones. Pero sean cuales fueren la vulgaridad, la puerilidad, el deseo de escándalo y el patriotismo hipócrita de la mayoría de las hojas diarias y de las revistas periódicas, es indudable que ensanchan el espacio intelectual alrededor de los lectores, arrancándoles de la estrecha villa, de los muros de la ciudad primitiva, y gradualmente se producirá aquel trabajo de eliminación por el cual el público, deseando alimento más substancial, más en relación con los intereses generales, apartarán de la prensa las bagatelas que bastaban á su infancia. Evidentemente la invasión de este mar de conocimientos comunes á todos los pueblos se hará como la irrupción de un nuevo diluvio, llenando primeramente las regiones bajas, dejando islotes diseminados, pero la marea ascendente acabará por cubrirlo todo, y aunque la verdadera enseñanza se haga por la acción directa de individuo á individuo, el conjunto de la transformación intelectual, visto desde la altura, parecerá realizarse por grandes masas, por nacionalidades enteras.

Pregúntase si la omnipotencia de la prensa hará más todavía; si conducirá á todos los pueblos, sin quererlo y sin saberlo, á

hablar una lengua común, para lo cual ha hecho en esta dirección una gran parte del camino: los telegramas incesantemente cambiados entre todos los países del mundo están redactados en un estilo conciso, rápido, lógico, fácil de comprender por todos, mediante la adopción de un repertorio de palabras previamente convenido. Los artículos que desarrollan esos breves despachos sufren forzosamente la influencia de ese estilo, siendo además redactados en su mayoría sin el cuidado de la belleza literaria, como sencillas ampliaciones cuya escritura apenas se aparta de las frases habituales, y en las cuales se suele prescindir de las palabras originales y se emplean cada vez más los términos diplomáticos y parlamentarios pertenecientes á la colección de las expresiones corrientes usadas en los salones cosmopolitas. Aunque un Francés no pueda comprender el español, el italiano, el portugués y el rumano en sus prosistas y poetas sino después de un serio estudio, puede leer correctamente sus periódicos, en los que halla las mismas palabras con terminaciones diferentes y los mismos giros con algunos términos del país, que se adivinan por el conjunto de la frase. En todo el mundo latino la lengua universal está ya en vía de formación, y los lenguajes de las naciones eslavas, germánicas y anglo-sajonas se acomodan paralelamente para acercarse por la construcción general al término medio universalmente aceptado. En los congresos científicos internacionales ha quedado convenido que todos los auditores comprendan las principales lenguas occidentales.

Para el que ama su lengua materna y siente repugnancia por todas las jergas bastardas que invaden por todas partes, no el templo literario de las naciones, sino el atrio vulgar de la política y del comercio, el advenimiento de una lengua verdaderamente común puede considerarse como un verdadero beneficio, porque constituiría una revolución franca que, poniendo dos idiomas á la disposición de cada uno, el de uso internacional y el lenguaje de la infancia, permitiría defender éste contra la invasión de las palabras extranjeras — no por odio, sino por respeto — y contra los giros que no corresponden á su genio.

Que esta lengua común no pueda ser una lengua muerta como el sanscrito, el griego ó el latín, es de toda evidencia, á pesar de